



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 10954

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 11 DE MAYO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL MONOPOLIO DE LOS EXPLOSIVOS

Se ha señalado como causa instigadora del motín de La Unión, los célebres vales que por fortuna han pasado á la historia.

Esa causa ha sido la principal, pero no la única: hay otra que, sin tener aquella importancia, es lo suficiente grande para engendrar generales disgustos, porque lesiona intereses generales también.

En distintas ocasiones hemos hablado de los perjuicios cuantiosos que á la minería acarrea el monopolio de las sustancias explosivas en mal hora establecido por el Sr. Navarro Reverter.

Recordamos á este propósito que en época no lejana, en que los plomos sufrían enorme depreciación, decíamos que el monopolio obligaría á suspender los trabajos de las minas en producto y pararía las que estaban en investigación, por no poder ninguno de ambos grupos cargar con el enorme aumento que sufría la partida de gastos generales por la elevación del precio de la pólvora y la dinamita.

Por fortuna reaccionaron los valores del plomo al elevarse los cambios con el extranjero, y gracias á esa desdicha general, que en particular nos favorece, las minas productivas continuaron la explotación y aun dieron rendimientos cuantiosos; pero las otras continuaron y continúan lo mismo. No teniendo filones que explotar ni minerales que vender, no hay productos que puedan concurrir á aliviar los mayores gastos que trae consigo el monopolio.

Esto por lo que toca á las investigaciones en grande, realizadas por sociedades de numeroso personal: que si descendemos á los infinitos tajos que componen la

inmensa mayoría de nuestra industria minera, se ve y se comprende desde luego la importancia de este mal y la suma de elementos de desorden que puede llevar á toda revuelta.

Esos tajos, que se cuentan por millares, están trabajados por obreros que no encuentran trabajo á jornal y que prefieren á estar mano sobre mano, luchar con la suerte buscando el pan de mañana, ya que carecen del de hoy. En esas labores no llevan los mineros la esperanza de hacerse ricos sino la de ganar el sustento por cuenta propia, persiguiendo el *rabo de rata*, como ellos llaman á los filones de microscópica potencia de que está llena la sierra. Trabajando todos los días de la quincena, sin exceptuar los domingos. Llegan á liquidar al final de la misma cuatro ó seis quintales de mineral, que vendidos, y pagados los gastos de explotación, les deja, cuando el plomo está caro, un jornal de diez ó doce reales, algunas veces de mas, pero muchísimas más de menos.

Sobre esa gente infeliz viene á pesar de lleno el monopolio, pues aumentando de una manera considerable los gastos de explotación, el jornal á tanta costa ganado se reduce á la mitad y algunas veces se anula.

Mucho se ha hablado estos días de las causas del motín, pero no se ha hablado nada de la que nos ocupa, sin embargo, tiene importancia excepcional, porque la mayoría de la población minera de este distrito se dedica á la persecución del *rabo de rata*, es decir, no trabaja á jornal ni cobra en vales.

¿Por qué se amolinó ese contingente?

Si no fué por los salarios ni por los vales, hay que suponer que hubo otra causa que les arrastró al motín: el monopolio de los explosivos, contra el cual vienen traba-

jando, desde que se estableció, los industriales mineros de toda España.

GLORIAS NACIONALES

Los españoles se apoderan de Besée.

11 de Mayo de 1842.

La guerra que entre Francia y España encendieron los odios que el cardenal Richelieu sintió siempre por la casa de Austria, por un lado, y el ansia de independencia que alentaban tanto Portugal como los Países Bajos, por otro, hallábase en uno de sus periodos más lisongeros para las armas españolas.

D. Francisco de Melo, digno sucesor del infante D. Fernando en la gobernación de los Países Bajos, acababa de posesionarse del mando de las tropas españolas, y para no interrumpir la serie de triunfos que en los últimos meses de su vida había conseguido el mencionado infante, con acierto envidiable trazó planes y manejó las fuerzas, cuyas consecuencias no fueron otras, por entonces, que quebrantar grandemente á los rebeldes y á sus amigos.

Recobrado Ayre y Lens, las dos primeras plazas que tomó Melo, envió sus tropas sobre Besée, ciudad defendida por 3000 franceses y fortificada con magníficas é importantes obras.

Tan luego los españoles se vieron ante Besée, comenzaron las operaciones de sitio, y con la intrepidez en ellos peculiar avanzaron hacia la plaza por un dique muy peligroso, el cual fué cortado por tres sitios diferentes en una de las salidas que hicieron los sitiados.

Cuando las fuerzas de los defensores iban agotándose, dióles nuevos ánimos la proximidad de tropas mandadas por los capitanes Harcourt y Guiche, que llegaban en su auxilio; más un certero cañoneo de los españoles detuvo y rechazó el socorro, logrando con el, además, el distraer la atención de la plaza, por lo cual pudieron los nuestros, sin grandes dificultades, llegar al foso para cegararlo, trabándose entonces una sangrienta y desesperada lucha, que terminó con la rendición de la plaza, llevada á efecto después de haber caído sobre ella gran número de bombas y granadas de mano, y cuando los

españoles lo tenían todo dispuesto para el asalto.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

CRÓNICA MADRILEÑA

Después de casi una semana de horribles ansias, hemos visto, ¡casi agaserte!, satisfechos nuestros anhelos con la noticia que nos da á conocer la magnitud de la catástrofe de Cavite.

Desde el día 2 de Mayo hasta ayer por la tarde, una irresistible tensión de ánimo ha mantenido en constante martirio á nuestros espíritus.

Conocíamos el principio de lo ocurrido, pero no lo que tuvo lugar después, ni los detalles de la catástrofe. Se presentía lo sucedido después de la destrucción de nuestra escuadra; la fuerza imaginativa veíalo escrito entre las últimas líneas del parte oficial, y por ver confirmado lo presentado no descansábamos un momento.

Nos atoraba el ansia de noticias, y para buscarlas nos apelotonábamos en la Puerta del Sol y en la calle de Sevilla; entrábamos y sitiábamos en los cafés y casinos, después de recorrer todas sus dependencias al acercarnos á grupos de amigos. Si llegaba hasta nosotros algún rumor de lo que deseábamos saber, nos íbamos al Salón de Conferencias, á los ministerios, á las redacciones de los periódicos á buscar su confirmación.

Reparando en la febrilidad que le ha domizado estos días, bien podía tomarse al pueblo de Madrid por una legión de neuróticos, cuya observación era el noticierismo.

Y con qué noticias tan terribles han apagado nuestra ansiedad: 618 bajas, 256 prisioneros, la total destrucción de la escuadra de Filipinas, la pérdida de Cavite y su arsenal.

Cuante responsabilidad representa esa catástrofe.

Y cuantos son los culpables de la sangre derramada y de los destrozos causados. Europa en primer término, por haber consentido hollar lo que por todos debe ser respetado; el pueblo

norte-americano, por que dejándose arrastrar por su insensatez, ha provocado lo anatematizado por la Civilización; y los políticos españoles que desde los bastantes años han turnado en la administración de nuestra Patria, por sus imprevisiones y por su poco acierto.

Nuevamente estamos hoy mortificados por el ansia de noticias: el bloqueo de Puerto Rico y el encuentro de las dos escuadras enemigas en aguas de América, han venido á despertar lo que ayer tarde adormecieron los partes oficiales de Filipinas.

Y por si eso no bastaba para caer de nuevo en la fiebre noticieril de los pasados días, la crisis política es otro motivo, y las intranquilidades que en toda España está produciendo el hambre, es otro, ¡y de mayor cuantía!

El hambre, el terrible azote hermano inseparable de la guerra, ha caído sobre España con toda su corte de desolación y de muerte.

Los enormes y mortales tentáculos del monstruo sin corazón, extiéndose por todas partes, y á sus presiones exhalanse gritos de desesperación y de rabia.

Al sentir sus cuerpos retrocerse de dolor y al observar las negruras de los horizontes, los pueblos dan suelta á sus instintos de conservación, y el desorden nace y la sangre humedece la tierra.

Terrible es la situación por que atravesamos, y por esta razón nunca como ahora necesitase tanto valor de heroísmo.

Siempre nuestro pueblo fué grande en las adversidades, y si ha de responder á sus tradiciones tócale hoy sacar fuerzas de flaquezas para buscar el remedio que los males que nos afligen le claman.

Cuando desde la nación habitada por seres que el temor á los bombardeos les hace desgarnecer las poblaciones nos enviaron la noticia, todos oímos que el español Iglesias no era culpable del delito que se le imputaba, y que todo sería obra del miedo que hace ver un espía en cuantos hablan la hermosa lengua de Cervantes; después llegó la noticia de su fusilamiento y con ella la que decía que el valiente español, ante el tribunal que lo juzgaba, con la entereza y valentía propia de su raza, dijo: «He querido volar el crucero «Parisán», por que soy español.»

CARLOS II EL HECHIZADO

780

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 781

CARLOS II EL HECHIZADO

784

protector que los tenía bajo su influencia; esto es, al duque de Medinaceli. Para destruir al duque de Medinaceli era menester saber el espíritu de la corte, y Asima estaba desorientado desde que pensaba en los amores y en el exterminio de la mariscal de Clerambaut.

Pálido y trémulo por las sensaciones que había experimentado, tocó una campanilla, á cuyo sonido agudo y penetrante apareció en la puerta un hombre grueso, vestido con cierta elegancia que le sentaba mal.

—Llamad á La Mothe, dijo sin volver la cabeza.

El hombre grueso hizo un saludo y se retiró.

La Mothe era uno de los agentes secretos del conde, y se presentó al cabo de media hora.

Era un lívido personaje de fisonomía angulosa, de mediana estatura, boca acentuada con una perenne sonrisa, tan falsa como zalamera, y cuyo cuerpo flexible se doblegaba al mas ligero soplo, al mas pequeño movimiento.

Asima le hizo una señal con la mano y el agente se acercó.

Tomad asiento, le dijo señalándole una silla; os he llamado para un asunto importante, y es necesario que me deis pormenores de cuanto os pregunte.

—Estoy á vuestras órdenes, señor conde, contestó La Mothe sonriéndose y obediendo.

—¿Como estais de averiguaciones?

—No estoy muy mal. Aunque en estos días todo se ha hallado algo revuelto y agitado, ya voy sacando en limpio algo de lo que pasa.

—¿Y bien, qué pasa? preguntó Asima sin levantar la cabeza. Creo que os circunscribireis á vuestro encargo.

—Yo nunca falto á él.

—Hablad.

—En primer lugar el señor duque de Medinaceli está amenazado de una crisis.

El conde se agitó en su asiento, pues esta noticia era lo que mas ansiaba.

—¿Estais seguros?

—Mis noticias son fidedignas, señor conde, contestó el agente sonriéndose. Bien es verdad que es menester sacrificar bastantes luses...

—Adelante, y no paraos en dinero. ¿Qué crisis es esa?

—Una alianza practicada entre tres personas son las que la sostienen. Esta alianza, á cuya cabeza se halla el confesor del rey, tiene el objeto principal de derribar al primer ministro.

—¡Oh! ¿y con qué medios cuenta?

O el conde del Cisne debía estar familiarizado con estas libertades, ó no se apercebió de la grosería de su agente. Había vuelto á inclinar la cabeza y suspiraba muy á menudo.

—Hace cerca de cinco meses que no hago nada... dijo el agente; desde aquella noche que tuvimos tan terrible combate en la hostería de la Cruz blanca. ¡Brava contienda, por vida del diablo! Desde entonces no he hecho otra cosa sino roncar.

—Vamos, vamos, contestó Asima, todos los tiempos no son iguales; hay épocas de lucha y épocas de reposo.

—A mi me agradan los pistoletazos. Ponedme en acecho con una pandilla de mi gente como cuando atacamos al duque de Medinaceli en frente de San Martín. Obligadme á que agite las masas populares como en la conjuración de Marcos Díaz y me vereis trabajar. Esto no es vivir, ¡voto á treinta carretadas de diablos! Yo no he nacido para fraile.

—Ya os daré ocupación, maese Pedro. Ahora os quiero para otra cosa.

Beyne arrugó los poblados cejas.

—¿Para qué me queréis? preguntó perezosamente.

—Toma, para que me deis cuenta del último encargo que os hice.

—¡Bah! ¿y eso es todo?